

manes, nos encontraremos sólo con Schiller y Heine. El contraste parece notorio. En su biblioteca o, más exactamente, en lo que de ella se conserva, hemos podido ver gran cantidad de libros ingleses: especialmente, muchas novelas (Dickens, sobre todo), algunas de ellas repetidas, en ediciones relativamente antiguas y valiosas, lo que demuestra un especial aprecio. Dejemos a un lado, por más difuso, el evidente influjo que la manera de ser y de pensar inglesa ejerció sobre nuestro escritor y que es tan fácil de apreciar en todas sus obras narrativas.

Pérez de Ayala, así pues, tenía que ser anglófilo. Y también, por inevitable contraste, germanófilo. Muchas frases dispersas a lo largo de sus numerosos ensayos (Pérez de Ayala era perezoso pero escribió muchísimos... artículos de periódico) y algunos personajes o situaciones concretas de sus novelas podrían servir de ejemplo. Lo que hasta ahora ignorábamos (yo, por lo menos) es la existencia de un libro en el que Ayala se dedicase a tratar directa y exclusivamente este tema.

En una carta a Unamuno, fechada en Madrid el 15 de septiembre de 1915, que se conserva inédita en la Casa-Archivo de Salamanca, dice el escritor asturiano: «Por ejemplo: de una selección de discursos, cartas y telegramas de Guillermo II, que yo hice y traduje, acompañándola de un prólogo bastante enérgico, hicimos cinco mil ejemplares. A los tres meses habíamos vendido sesenta y cinco ejemplares, ni uno más ni uno menos.»

Partiendo de esta información, la búsqueda ha sido bien sencilla. Se trata de un librito de 110 páginas que se vendió al precio de 2,50 pesetas. La portada es la siguiente:

EL SEÑOR DE LAS BATALLAS

(Fotografía)

*Selección de discursos, cartas y telegramas
de Guillermo II*

Y la hoja de título:

EL SEÑOR DE LAS BATALLAS

*Selección de dichos y sentencias del Kaiser
Guillermo II, extraída de sus discursos, cartas
y telegramas*

BIBLIOTECA CORONA

Villanueva, 23. Madrid, 1915

Comprende un prólogo de 43 páginas, firmado por «los editores» y una antología. En total, 110 páginas. Ningún nombre español aparece en el libro. Sabemos que en la publicación de la Biblioteca Corona colaboraba Pérez de Ayala con su gran amigo el poeta Enrique de Mesa. A uno de ellos dos, así pues, debía atribuirse el prólogo: la carta a Unamuno deshace todas nuestras dudas al afirmar rotundamente

la paternidad de Ayala. Sin ninguna vanidad podríamos decir que, una vez localizado el libro, la atribución no plantea problemas. Nuestra costumbre de lector (preparamos un amplio trabajo sobre sus novelas) nos hace reconocer sin duda alguna el estilo de Ayala: inteligente, preciso, un poco cultista, irónico siempre, con una formidable capacidad para zaherir mediante el ridículo a su adversario.

Nos encontramos, así pues, con un prólogo de más de cuarenta páginas que nunca ha sido incluido en la bibliografía de Ayala. Dentro ya de la antología, además, el novelista añade, entre paréntesis, algunos comentarios irónicos a las frases del Kaiser que acaba de citar. Dado el olvido absoluto en que había caído este librito, nos parece obligado dar cuenta de su contenido, resumiendo y glosando algunas de sus afirmaciones principales. El interés que esto pueda ofrecer no se reduce al puramente literario, sino también al de iluminar la actitud política de Pérez de Ayala, tan apta para suscitar controversias, y, en general, el reflejo polémico que la guerra europea produjo en los medios intelectuales españoles.

Comienza Pérez de Ayala, con humilde apariencia, declarando su propósito: nada más que dar «una breve sinopsis de la vida y carácter públicos de Guillermo II». Descubre su fuente básica (el historiador inglés G. P. Goch) y afirma su propósito de objetividad, exagerando las amistades y enemistades que suscita el personaje, al que unos creen «amasado con sustancia seráfica» y otros, «la bestia negra de que habla el Apocalipsis».

Pero todo esto —naturalmente— son irónicas cortinas de humo que van a dar paso, en seguida, al ataque fuerte y directo. Ayala contraponé su figura a la de Eduardo VII y caracteriza a éste por la «sagacidad y sutilidad», por ser apacible y refinado, amigo de Francia, conocedor del mundo y de los hombres.

El «estilo de pensar» de Ayala ha sido siempre amigo de dualismos y contraposiciones. Recordemos sólo, entre sus títulos, *Troteras y danzaderas*, *Política y toros*, *Belarmino* y *Apolonio*, *Luna de miel, luna de hiel...* Aplicando esto al terreno político, cree que «es difícil encontrar en la historia dos unidades políticas más contradictorias, en los ideales del Estado, que la Inglaterra y Alemania de nuestros días» [p. 21].

El gran defecto que imputa al Kaiser es, por supuesto, el de ser el responsable de la guerra. Pero, además de esto, censura también una serie de aspectos menores que nos sirven para ver a dónde apunta preferentemente el objetivo crítico de Ayala. La teatralidad, por ejemplo: es «un poco devoto del objetivo fotográfico y un mucho comido de inocente comezón de bravatas teatrales» [p. 9]. Para un intelectual de la clase de Ayala (escéptico, analítico) la «ceremoniosidad» militar

va también por este camino: «Guillermo había vivido entre bajezas, lisonjas y vanidades ataviadas pomposamente con sable al cinto» [p. 21]. Censura, naturalmente, el absolutismo del Kaiser, sus afirmaciones (absolutamente inaceptables para el profundo liberal que es Ayala) de que el poder le viene de Dios y que, por eso, al que se le oponga le hará añicos.

Bajemos ya a cuestiones de fondo: «creía... que el mundo no es como es, sino como uno quiere que sea (grave error, tanto de Guillermo como de toda la diplomacia y la política alemanas de estos últimos tiempos)» [p. 22]. La cuestión es interesante porque, entre otras cosas, envuelve una alusión implícita pero indudable al pasado español. Hay aquí una definición de ese idealismo absoluto que, si puede sublimarse en quijotismo, puede también degenerar en absolutismo fanático. La postura de Ayala es radicalmente contraria: por liberal, cree que todo cuanto existe posee una razón, que debemos averiguar primero y respetar después; por esencialmente clásico, sabe que la realidad, la vida, es la gran moderadora de todas nuestras quimeras; por irónico y perspectivista, desconfía siempre de las actitudes unilaterales; por lúcido intelectual, sabe a qué aberraciones de intolerancia puede conducir, en la práctica, una concepción de tan noble apariencia.

En medio del tema alemán se nos ha deslizado una primera alusión a España. Hay otras en este prólogo que, como es lógico, nos interesan especialmente. Para comprenderlas, recordemos que Ayala, en 1915, ha terminado su primera época de novelas más o menos autobiográficas. Un año después va a publicar sus terribles diagnósticos «poemáticos» de la vida española: *Luz de domingo* y *La caída de los limones*. En 1918, en fin, va a reunir sus artículos políticos bajo el título *Política y toros*.

Pérez de Ayala, liberal predicador de la tolerancia, censura «la cálida tonalidad berberisca con que entre nosotros es uso animar toda opinión o polémica» [p. 25] y la falta de educación política del pueblo español: «La gran causa de la responsabilidad de la guerra europea, así como su final suceso, está ya fallada, si bien la sentencia no haya llegado aún a oídos de muchos españoles, acaso porque estos compatriotas nuestros habitan los confines del mundo civilizado, están como quien dice en las últimas filas del público. Por eso este libro es particularmente necesario en España» [pp. 25 y 26].

Notemos que la finalidad de este libro no es únicamente de polémica política, sino la de informar y formar al lector español: es decir, una manifestación más de la gran preocupación pedagógica de Ayala,

hijo en esto del espíritu institucionista, que se manifiesta abundantemente en sus novelas.

La opinión de Ayala sobre el pueblo español es rotundamente pesimista: «una sólida porción de los españoles vive voluntariamente afeitada de las contiendas y labores del espíritu humano» [p. 27]. Es el mismo tono que encontramos, poco después, en *Política y toros*: «Todo español, por ser español, es un hombre disminuido: es tres cuartos de hombre, medio hombre, un octavo de hombre» (*Política y toros*, Calleja, Madrid, 1918, p. 10).

En la parte central de este prólogo, Ayala va considerando y refutando, uno por uno, los distintos argumentos que se han opuesto a la acusación de ser el Kaiser el gran responsable de la guerra. Pero Ayala no es un fanático, ha vivido en Alemania (en Munich firma *Troteras y danzaderas*) y aprecia suficientemente los valores culturales del pueblo alemán. Se impone, pues, una distinción: por una parte, el Kaiser y los políticos que le aconsejan; por otra, «su dócil y admirable pueblo», al que sólo acusa de un defecto: «raza sana e inocente, de niños grandes, fácilmente sugestionable...» [p. 38]. Se defiende Ayala de posibles ataques diciendo que él no odia a los alemanes sino que los cree equivocados [p. 25].

El pensamiento político de Ayala se basa, en el fondo; en la confianza en el hombre. Por eso dice, oponiéndose a un autor alemán: «Nosotros, por el contrario, consideramos la imaginación popular, la opinión pública y la conciencia colectiva como fuentes únicas de la veracidad histórica. El pueblo no yerra; es más, no puede errar» [p. 34].

Desde nuestra perspectiva de 1968, no puede por menos de sorprendernos el excesivo optimismo de Ayala que es, por otra parte, un contrapeso de moderación (virtud clásica) a su intelectualismo. Porque lo explica así: «El pueblo, con su virtud de reducir a proporciones de simplicidad todos los problemas y litigios [...] extrae de la historia su verdad sustancial» [p. 34]. El canto a las virtudes populares es ocasión para un nuevo alfilerazo crítico contra la sociedad española: «La sagacidad del pueblo (y al hablar del pueblo no aludimos a ciertas tribus cerriles del pueblo español, sino a la conciencia colectiva del mundo moderno)...» [p. 34].

Ayala representa un tipo humano absolutamente opuesto a lo que él ve en el Kaiser: fanatismo. Por eso, su crítica se acibara: «Podrá ser un fanático; pero de un fanático, si el bien público nos exige aniquilarlo, debemos concluir su aniquilamiento con grave y respetuosa convicción, no de otra suerte que Pedro Crespo, acatando los grados de la milicia, ahorcó al capitán con muchísimo respeto» [p. 41]. Y un fanático es peligroso, sobre todo, «porque en él reside la aptitud co-